

Hasta donde humean los carbones
De la abrasada Nubia, y del tributo
Del rio Niger al Canopo astuto.

Cuanto se embebe en la abrasada zona,
Y el flojo suelo de su mundo ardiente,
Por sus baldios campos amontona
En ocio inútil, y en mudable gente:
Al clarin de la fama que pregona
La nueva guerra, en bélico accidente
Sus escuadrones bárbaros concierta,
Y acude por mil partes á Biserta.

Cual sobre alegres cumbres y florestas
Del monte Tauro van sombríos montones
De pardas grullas, que en concierto puestas
Tras nuevo temple cruzan sus regiones,
O cuando con furor marcial dispuestas
En bello alarde forman escuadrones
Contra el menudo pueblo, en cuya tierra
El aire llueve ejércitos de guerra:

Por tantas partes en igual concierto
Africa llega gentes contra España,
Y de la gran Biserta al ancho puerto
Hombres vomita y armas la campaña,
Del abrasado mauro el pueblo incierto
Con el de los Luntanas, cuya saña
Fundó á Marruecos, y en su mar profundo
Acabó de tizar Faeton el mundo.

Los Numidas sin frenos, abundantes
En dulces palmas, y árboles sombríos;
Los ociosos Getulios, que de antes
Ya fueron de armas y primor vacíos,
Y hoy sin ellas, ni frenos espumantes
Los potros doman de mayores brios;
Los veloces Marmáridos, los Mazas,
Y el Afeo diestro en sus alegres cazas.

La gente de Marsilia, que sentada
Sobre el caballo, en cerco le revuelve
Con una diestra vara, y la tostada
Flecha cual parto por las ancas vuelve:
A los que Hesperia da fruta dorada
Del árbol que el dragon ardiente envuelve
En sus cerúleas roscas, cuya escama
Los rayos doran de su rubia llama.

Los de la real ciudad de Taradante,
Y á los que en los desiertos arenosos
De Zahara sembró Perseo triunfante
Sus manchados quelidros venenosos,
Que del frio Górgon el feroz semblante,
Después que en sangre y visos temerosos
De Atlas creció la corpulenta sierra,
Muertes llovió y ponzoñas á la tierra.

Ni por lejos del tráfigo del mundo
El apartado Zénega se escusa,
A quien el Niger da de olas profundo
Las ricas armas que pintadas usa:
Y él con su grueso ejército fécondo
El aire asorda en trápala confusa
De altivos Telgas, de Zuzingas feos,
Y de Bardoas antiguos Sabateos.

El que en el caudaloso Dara goza
Frescos palmares y aguas desabridas,
Y en pomposos alardes alborozas
Sus barrancosas playas carcomidas:
El que en la humilde Génova retoza
Tras los ligeros gamos, y ceñidas
Las negras sienes en calor eterno,
Del Niger mide el uno y otro cuerno,

Los que en Ceu, y sus ásperos desiertos,
Y laguna de márgenes floridos,
Anchos campos cultivan encubiertos,
De rojas pieles de áspides ceñidos;
O en el Bárbaro Zinche los inciertos
Y mudables collados, ya cernidos
De los aires, no alcanzan firme asiento,
Que allí aun hasta los montes muda el viento.

Los que de alarde la espantosa sierra
con increíble propiedad encanta,
Y la virtud de sus peñascos cierra
Paso á la voz, y tupe la garganta:
De cuyo estrecho valle y parda tierra
El hijo de Filipo llevó cuanta
Bastó para labrar del nuevo encanto
En Asia el real palacio del espanto.

Ni faltaron los bélicos flecheros
De la ciudad de Bárbara potente
Que en pieles visten de animales fieros
Los corpulentos miembros de su gente:
Traen de rojo león ricos cimeros,
Del remendado tigre la ancha frente,
Del pardo lobo, del cervál, y el oso,
Y escama de serpiente el mas brioso.

Son estos tantos, que si el raudó viento
Con pestíferos soplos no barriese
La sobrada salud, y en fin violento
De ardiente arena y muerte los cubriese,
Seria la ancha tierra estrecho asiento
De su abundante parte al interese,
Y necesario á su parir fecundo,
O hacer de nuevo, ó ensanchar el mundo.

Traen estos en su escuadra por vecinos
El Jélofe, y el áspero Gualata,
Con los Tombutos, los Benais cetrinos,
Y el duro Burno de color mulata,
De la obscura Guinea vuelos finos,
De plumas y brazales de oro y plata,
Y la alta Nubia, que del Nilo bebe
La luz primera que la Aurora llueve.

Tienen tambien aquí escuadron gallardo
Los que de la Tebaida y fértil Lime
Suave aire respiran, que el bastardo
Bóreas jamás por su arboleda esgrime:
Donde la negra pez y alquitran pardo,
En bálsamo precioso y blanco anime
La virtud vuelve de su claro cielo,
Rico manantial de aroma al suelo.

Del Avisimbo el campo vagamundo,
Y escuadras del soberbio Troglodita,
Que de obscuras cavernas lo profundo
Con intratables ánimos habita:
Estos son los primeros donde al mundo
Ni el oro da riquezas, ni las quita,
Y tienen por mas gusto, y mas placeres,
Los hijos en comun, y las mujeres.

Los Megavaros, que de pardos toros
Crudos yelmos fabrican, y ancho escudo,
Y hacen volar tambien tiros sonoros,
Que á herir llegan con lenguaje mudo:
De su region los bárbaros tesoros
Traen á Biserta en su escuadron membrudo,
Y con soberbios ánimos feroces
La tierra hacen temblar y el aire á voces.

Ni de la alta Etiópia el Abisino
Sus pardos miembros le negó á esta guerra,
Si bien su grave emperador no vino
Por su diversa ley, y estraña tierra:
Rige este rey el cetro de oro fino
De sesenta y dos reynos, en que encierra
Cuanto se estiende en gente inculta, ó sabia,
De su Océano oculto al mar de Arabia.

Los reinos Bernagaes, que al oriente
Del mar Bermejo pescan nacar y oro,
Tigrimaon, que aljófar reluciente
En ricas sartas vende al pueblo moro,
Con otros mundos, que en el cerco ardiente
Que el dia iguala gozan el tesoro
De una pareja luz, que en llama viva
La vuelta enroscas de su frente altiva.

Y bien que la ancha faja que divide
El orbe por su imperio se enmaraña,
Ni del todo lo abraza, ni le mide,

Ni sus linderos con los suyos baña,
Que el estrellado Cancro no le impide
Su curso belicoso y vuelta estraña,
Ni el fiero Capricornio, aunque mas lanza
La uña postrera de su pié, le alcanza.

Mas cuanto el cielo por señales puso
Del negro humo de su zona ardiente,
Y en abrasados páramos difuso,
Como de balde lo arrojó á la gente:
Todo eso en masa, y en monton confuso,
A los piés lo humilló del rey potente,
A cuyo cetro, solo en su gobierno,
Ni el verano le ciñe, ni el invierno.

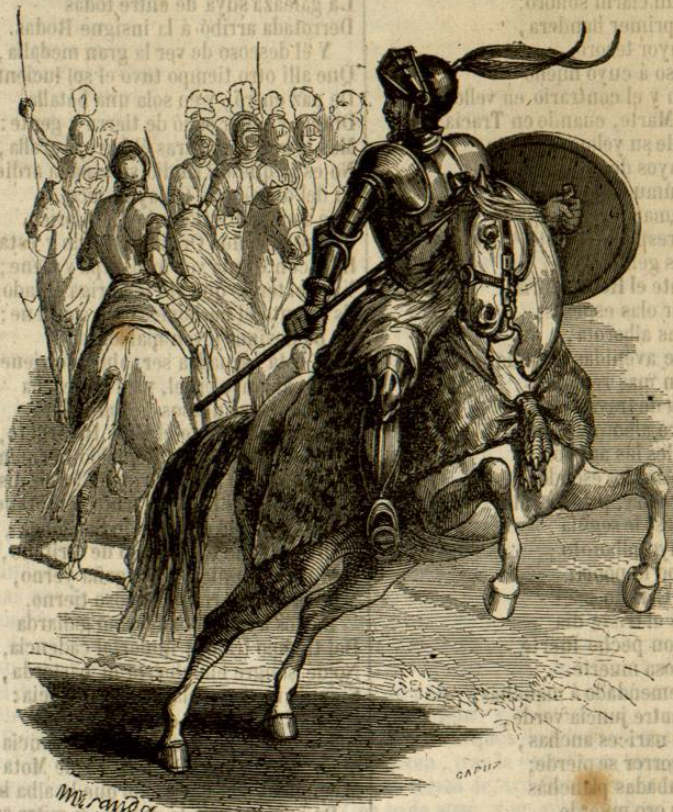
Pues este, aunque por ser de ley contraria,
Que adora al que murió por darnos vida,
Gente no envió á Biserta la voltaria,
Que anda en sus anchos reinos forajida:
Hecha una tropa en opiniones varia
Vino al torpe Jafés entretejida,
Que en las altas montañas de la luna

La fuente al Nilo ve, si tiene alguna.

De entre sombrías selvas olorosas,
De ameno loto y bálsamo preciado,
De jazmines cubiertos, y de rosas,
Modo en la guerra de su patria usado,
Los Macrobios vi allí de armas preciosas,
Pueblo hasta en las batallas sosegado,
Con arcos, que el mas pobre se remata
En oro rubio, ó en luciente plata:

Estos al sol bendicen, si amanece,
Y al ponerse le ofrecen maldiciones,
Donde en preciado cinamomo crece,
La paz de sus compuestos corazones;
Y á los de la isla Méroe, que florece
Del sacro Nilo á los fecundos dones,
Tambien hizo olvidar la nueva guerra
Las dulces cazas de su fértil tierra.

Los que en la Ciene clara el Cancro ardiente
Las sombras hurta, y les alarga el dia,
Con cuanto el llano Egipto goza y siente



De su oriental Leusipo á Alejandria:
Los que en cien puertas da el muro potente
De la ancha Tebas, cuanto Menfis cria
Entre escelsas pirámides, que el suelo
Hacen gemir, y recelarse al cielo.

Los que en la rica Arsíone, y sus valles,
Y de la Ciene habitan las regiones,
O en Berenice, y sus torcidas calles,
De la infiel Sierte alcanzan ricos dones:
Los Libiarcos de floridos talles,

Los bravos aunque pobres Nasamones,
Los Psilos, á quien temen las serpientes,
Y el Garamante y sus ociosas gentes.

Los Marcios de prolizas cabelleras,
De avestruces vestidos y leones,
De los dos Mauritania las riberas,
De suelta arena llenas y dragones,
De la infeliz Cartago las postreras
Faldas del firme Atlante, y sus naciones,
A guerra cruel en helicosa saña,
Desde Biserta desafian á España.»

Así el sabio español, el grave alarde
Que en Africa notó, cuenta al persiano,
Mientras el barco por el golfo que arde
Las anchas velas da al austro liviano:
Y sin que á la aferrada proa retarde
Del peligroso mar el golfo cano,
Con huecos tumbos de preñadas olas
Las riberas descubren españolas.

Y en tanto que de Libia el suelo ardiente
En preparar ejércitos se tarda,
Y del rey Casto la invencible gente
Sobre Pamplona á la de Francia aguarda;
Del César puesto ya el campo potente
Entre los Pirineos, acobarda
Las armas y naciones extranjeras
Con solo el tremolar de sus banderas.

Allí en carro imperial, á quien la esfera
Del suelo adora entre reales de oro,
Gustoso ver pasar su campo espera
Al grave aliento de un clarín sonoro:
Fue de Angelinos la primer bandera,
Y de sus armas el mayor tesoro,
Sobre mi frison furioso á cuyo huella
Los campos tiemblan y el contrario en vello.

Como el soberbio Marte, cuando en Tracia
Su allanje esgrime y de su yelmo ardiente,
En quien el sol los rayos de oro esparcia,
Rigor influye en su inmutable gente;
Tal el francés en ademan y en gracia
Delante el campo va resplandeciente,
Haciendo á las feroces gentes guía,
Quien torcida corriente el Reno enfria.

Cual en el libio mar olas espesas,
Si el armado Orion las alborota,
En crespos montes de avenidas gruesas
Sobre la playa hierven mas remota;
O cual la roja mancha de traviesas
Espigas, á quien zéfiro alborota
En crespas ondas, tales los agudos
Plumeros vuelan, y arden los escudos.

El gran Dardin Dardeña, primer voto
En las francesas córtés, le seguía
En caballo alazan, cuyo alboroto
A todo el brioso campo le ponía:
Este de los jaeces de Carloto
Fue grave presidente el triste día
Que vengar intentó con pecho fuerte
De Baldivinos la alevosa muerte.

Sobre un caballo remendado á manchas,
Que el Albis le crió entre juncia verde,
De cerviz corta, y de narices anchas,
Y que en los ojos al correr se pierde;
De ricas piedras y grabadas planchas
El sonoro jaez que en oro muérde,
A quien las perlas dan, y aljófar grueso,
Vislumbres nuevas y soberbio peso;

Fiero enemigo á la nacion hispana,
Con ocho mil Sajones representa
El disforme Centauro, que en lozana
Rueda en el polo Antártico se sienta,
Con la robusta gente comarcana,
Que al mar Britano sus resacas cuenta,
Y los diestros venablos mal parejos
Al distante escuadron envia de lejos.

Ni callarán mis versos tu gran fama,
Acompañada de bellad reciente,
O ilustre Sansoneto, de la rama
Del Soldan de Lamech fruto escelente;
A quien el vulgo por grandeza llama
Del bastardo Angriote descendiente,
Que en la torre Bermeja tu gran padre
A su nieta Ozair te dió por madre.

Despues que en aventuras importantes
La fama acrecentó de su braveza,
Y en los arcos probó de los amantes
De su amoroso pecho la firmeza;
A tu madre le dió prendas bastantes
De su amor, y ella á tí de su belleza
Criándote en las grutas de Angilones
Con sustanciosa leche de leones.

Pues este, no contento con la herencia
Que de la isla materna alcanzar pudo,
Las Fortunadas trajo á la obediencia
Del rojo leon de su rapante escudo;
Y ahora con toda la mayor potencia
De su reino feliz pasa el membrudo
Betancur, que por deudo, y por pariente,
De su casa es caudillo, y de su gente.

Urgel de la gran fuerza en riendas de oro
Tras este un fiel polaco gobernaba,
Con un coloso de metal sonoro,
Timbre y despojo de su invicta clava:
Que cuando el conde Dirlos contra el moro
Alarbe su ancha flota navegaba,
La galeaza suya de entre todas
Derrotada arribó á la insigne Rodas.

Y él deseoso de ver la gran medalla,
Que allí otro tiempo tuvo el sol luciente,
De paz entró, y en sola una batalla
Duque y señor salió de tierra y gente:
Mas la que ahora tras él hace muralla,
No es la que allí rindió su espada ardiente,
Ni del ducado de Guiayna rico,
Que á su padre Gofredo dió Alarico.

Que el cende Ornullfo, título y estado
Hoy con tirana voz le usurpa y tiene;
Y así el tercio que allí le abriga el lado,
Es cuanto el narbonés Varo contiene:
De Baldivinos jóven mal logrado
Solía esta escuadra ser, ahora le viene
Detrás al grave Urgel, y en su reseña
Aun llora los sucesos de Dardeña.

Entró tras deste el bello Ricardeto,
Hijo de Amon, y de Reinaldo hermano,
Que en rostro hermoso, y en fingir discreto,
A Flordespina hurtó el fruto temprano;
De quien nació el segundo Sansoneto,
Padre de Arnolt, y abuelo de Britano,
De Cleves duque, de Borgoña yerno,
Y de la bella Arnulfa esposo tierno.

Destos á España sucesion gallarda
Del tiempo trajo la inmortal cadencia,
No de sangre encubierta ni bastarda,
Sino de ilustre y clara descendencia:
De aquí de la color de la esmeralda
Arnao sus bandadas toma y dependencia,
Y en Méjico, y en Burgos, los de Mota
Mas nobles son que el sol que la alba brota.

De aquí en báculo de oro, y mitra santa,
Ya Tlascala un obispo goza ilustre
De sus dichosos siglos, y de cuanta
Felicidad tendrá el colmado lustre:
El grave tronco desta insigne planta,
A quien tiempo voraz jamás deslustre,
Fue el hijo de Beatriz, tras quien venia
Cuanta braveza la Borgundia cria.

Por donde el grave Sécuana divide
De los Belgas y Celtas los mojonés,
Gente que con la sola espada mide

De amigos y enemigos las razones,
Que á ninguno disculpas da ni pide,
Ni de agravio admitió satisfacciones,
Solo el brazo y su acero es quien sentencia
La mas dificultosa competencia.

Tres mil pasaron destos, mas pomposos
Que las aves de Juno en sus plumeros,
Tras de quien los Carducios belicosos
Y los Helbios siguieron altaneros,
Con los que de Gebena los florosos
Altos nevados riscos ven enteros,
Gentes agrestes, cuya inculta sierra
Lo importante produce de la guerra.

Las graves canas del feliz Ricarte
Esta serrana escuadra hacian vistosa,
Y él como anciano y venerable Marte
En robusta vejez, y alma briosa:
De oro orlada llevaba en su estandarte
La Puente de Mantible, empresa honrosa
A su primera edad, con que hacia
La gloria florecer de Normandia.

Y bien que no en aquel ardor primero
Que al gigante Galafre descompuso,
Y la sangrienta puente ya de acero
De su escudo al cuartel dorado puso:
Mas todavía con su aliento entero,
Que es de la áspera guerra padre el uso,
Por lanza un pino, que en las puntas arde,
Gallardo entró por el pomposo alarde.

Siguióle allí el fortísimo Organtino,
De los Tabanes real fruto escelente,
Del sabio Malgesí hijo adivino,
Y de la reina de la Orcania ardiente:
Esta en nocturnos caracteres vino
A Montalvan mil veces del Oriente,
A probar de sus cercos los efectos,
Y del mago francés ciencia y secretos.

De ambos nació Organtino, que en la ciencia
De sus mágicos padres fue eminente,
Y de su franca sangre por la herencia
Como el ser sabio tuvo el ser valiente:
Este de insuperable suficiencia
Su rico arnés labró resplandeciente,
Templado así al hervir del lago Averno,
Que en su dureza es el diamante tierno.

Mas no te aprovecharon, ó furtivo
Fruto de Montalvan, y Orcania bella,
Ni las yerbas tesálicas, ni el vivo
Rayo infeliz de tu observada estrella;
Que en una antigua espada el hado esquivó
Su destruicion forjó, y tu muerte en ella,
Que es Balisarda estoque de la muerte,
Contra quien no hay escudo ni arnés fuerte.

Llevaba este dos mil tras su estandarte
De Champayna abundante en rojo trigo,
Con otros tantos mas que le dió aparte
De su encubierta madre el sabio amigo:
Tras dél, al huella de un templado Marte,
La fama hecha de su honor testigo,
De Rusellon pasó el duque Gerardo,
Brioso jóven de ánimo gallardo.

Del gran Gui de Borgoña nieto amado,
El que á Murpin mató, mágico moro,
Que á Floripes la torre habia escalado
Por hurtarle su rica cinta de oro;
Cuyo real cerco en pedrería grabado,
Con bello adorno de inmortal tesoro,
Al cuerpo que se anuda da en aumento
Vida y salud, y á los demás sustento.

Sea mágica ficcion, ó astro dichoso,
Cuajado en la preciosa margarita,
A todos, como un plato substancioso,
El pecho alienta, y el desmayo quita;
A quien rodea su círculo lumbroso,
Y á quien su rayo da lumbre esquisita,

Todo lo alegre, y de sustento viste
Los secos labios de la hambre triste.

Fue de Floripes esta cinta bella,
Y ella del Almirante Balán hija,
Que su real torre defendió con ella
De un asedio cruel, y hambre proliza;
Donde Murpin volando entró á prendella,
Y ya la joya entre sus dedos fija
Volver queria á volar, cuando sin vuelo,
Sin cinta, y sin cabeza vino al suelo.

Gui de Borgoña le atajó el intento
Con un diestro revés á tiempo dado,
Valiente abuelo del que ahora al viento
Pasa alumbrando con su arnés dorado:
Acompañan sus lados ciento á ciento
Los ricos pueblos del Escalde helado,
Que de Alemania á Bélgica divide,
Y el brio soberbio de sus campos mide.

Aquí del rey de Persia Lamostante
Dos hijos iban de ánimo gallardo,
Que aficionados al señor de Anglante
Padre y patria vendieron sin resguardo:
Murió el rey, y del reino lo importante,
Y ahora el bello Clarello, y feo Copardo,
Como un signo de Géminis florido
Una divisa llevan, y un vestido.

Pasó Tudon, pasaron los hermanos
Angelín y Angelieros, pasó el fiero
Galtier de Mauleon, y los lozanos
Avinio, Abonio, Oton, y Belenguero:
Pasó el bello Drusian de ojos livianos
Vestido mas de seda que de acero,
Hijo del rey famoso Brasalante,
Brioso jóven, cazador, y amante.

De Polisená, hija de Oliveros,
Se profesaba tierno enamorado,
No habida en casto lecho, ni en los fueros
Del santo nudo, ó himeneo sagrado:
Que el pakádin la hubo en los primeros
Años de juventud, ocasionado
De una hermosa princesa, que vivía
En la torre celosa de Almería.

El ambicioso Galalon, armado
De azules recamadas armas de oro,
Tras estos se seguía, y á su lado
Su bello hijo Salier, lustre y decoro
De todo el rico magancés estado,
Envidia al campo franco, espanto al moro,
Gran cazador de fieras, y en seguillas
Diestro hombre de á caballo en ambas sillas.

De diez mil de su casa acompañado,
Todos de una librea, y de unos fueros,
De azul, tela de plata, y de morado,
Y de las mismas plumas los sombreros,
Semejante al lucero coronado
De las flores de mayo, y sus plumeros,
Digno por cierto que le diera el hado
Vida mas larga, y padre mas honrado.

Dos van tras deste de ánimo gallardo,
Don Arnao, y Rainier, ambos amantes
De Flordespín, y el uno hijo bastardo
Del gran marqués de Güeldres Ballugantes,
Que jóven, tras la caza de un leon pardo
En las selvas de Ardeña resonantes,
Una hada gozó, y en su escondrijo
La dejó madre de Rayner su hijo.

Allí entre breñas se crió, y ahora
Hecho grave marqués de Picardía,
Seis mil vasallos lleva, y por señora
A sola Flordespín; tras quien seguía
Don Casaús, vizconde de Basora
Sobre la Persia, y duque de Pavia,
Dudon, Anselmo, Cleves, y Malarte,
En ciencia Apolo, y en braveza un Marte.

Este del rey Gerion trae descendencia,

Que con tres cuerpos gobernó en España,
Y en triplicada voz, forma, y presencia,
Estado le hizo y magestad estraña:
De tres cetros gozó la preeminencia,
De tres tiaras sus sienas acompaña,
Y de otros tantos cuellos hizo hambriento
Hércules su gallardo vencimiento.

Este guiaba los pueblos que al Garona
Las riberas cultivan y la greña,
Tras de quien el marqués de Carcasona
Feroz guió su tremolante seña:
Godofre era su nombre, y su persona
De altivo aliento, y alma zahareña:
Tras de los dos Galbanes, hijo y padre,
Belleza no hay que á su beldad no cuadre.

Entre oro, plumas, plata y pedrería,
En dos blancos caballos, van iguales
Al alba de oro el uno, el otro al día,
Cuando alegrando salen los mortales,
Ballugante y Arloto de Suria:
Bujaforte y Franconio de Hardales
Seguian, este lansgrave de Alemania,
Y del viejo hijo aquel de la montaña.

Pasó el gran Durandarte, pasó el fiero
Farfarelo, Franconio, y Matalista,
Bracamonte el galan, Guido el severo,
El rico Astolfo, y el sutil Arista,
Aymo, Hermion, Liofan, Claudio, y Galtero,
Y Egibardo en dorada sobrevista,
Del César y del cielo tan amado,
Que alcanzó sin envidia á ser privado.

Este solo nació y vivió en la tierra
Sin le haber murmurado, este hombre solo
De émulos sé libró, y á la cruel guerra
De acedos zelos fue encubierto polo:
¡Oh quanto odio mordaz la envidia encierra!
Pues en el gran combez que alumbra Apolo,
Uno solo ha pasado en feliz vuego,
Y aun ese ignoro si nació en el suelo.

Que Egibardo de todos los anales
Por un hombre marino es referido,
Que en el mar de Sicilia entre corales
Un pescador le halló recién nacido;
De adonde el tiempo en cercos desiguales
A ser segundo en Francia le ha subido,
Si ya á dicha es segundo, y no primero,
Y un privado no es todo un reino entero.

Y si como es la fama en el Pachino
Concha de nacar le arrojó del seno,
Y en los campos del reino cristalino
Rocio le concibió del mar Tirreno;
Sin duda fue su origen peregrino,
Pronóstico feliz de dichas lleno,
Y el parto de Parténope fecundo,
Sirena cuyo canto encantó el mundo.

Es fama que otro tiempo dieron canas,
De blancos huesos de hombres sus riberas
En el mar de Sicilia, tres hermanas,
Beldades crueles, y hermosuras fieras:
Con música encantando, y voces vanas,
Los capitanes y las naos guerreras,
Que de lo mas distante de la tierra
Marte guiaba á la troyana guerra.

Fue esta grave jornada á quien los hados
Amasado quisieron dar el mundo,
Y ellas las que á sus playas los forzados
Navios traian por el mar profundo:
Solo Ulises con oidos destapados
Pasó el primero, sin usar segundo,
Al son de sus cantares, de quien pudo,
Pues no fue en oídos sordo, no ser mudo.

Salvó todas sus gentes belicasas
Con cerrarles el paso á las querellas
De aquellas tres hambrientas tiernas diosas,
Y él sus canciones escuchó, y en ellas

Acentos de palabras poderosas
A detener su curso á las estrellas,
Hacer correr los montes, y el violento
Curso enfrenar del alterado viento.

Y aun si la entena en que él se habia ligado
Guardara entonces el primer sentido,
Que en su selva la hizo árbol copado,
De alguna antigua ninfa estrecho nido,
Nunca él pasara libre, ni el sagrado
lilon diera en ceniza convertido,
Mas sus desnudos huesos en la playa
Fueran cual los demás cándida raya.

Tan poderoso fue el hablar gallardo
De aquellos tres portentos de elocuencia,
Señal que de una dellas fue Egibardo
Parto feliz, pues heredó su ciencia,
Con que al César hacia breve, ó tardó,
Y en su gobierno aquella diferencia
Qus sus gustos pedian, y á ese modo
Del reino lo mejor le seguia todo.

De diez veces quinientos la arrogante
Escuadra daba al sol timbres dorados,
Gente al trabajo con fervor constante,
De fuerzas firme, y de ánimos doblados;
En voladoras flechas abundante,
Aljabas de marfil, y arcos pintados,
Que al campo arrojan en crujir sonoro
Nubes de arpones, como lluvia de oro.

Pues de tí, ó noble Lanio, que ya fuiste
Nieto del vengativo Balisarte,
Que de Carlos Martel en luto triste
Del reino recibió el real estandarte,
¿Cómo contaré el brio con que diste
Placer al campo todo, envidia á Marte,
En tu gallarda entrada, mas vistosa
Que del florido mayo el alba hermosa?

Subiste altivo al grave oficio honroso
De don Galfredo, hijo de Uliano
Gran duque de Saboya, á quien brioso
Dió injusta muerte el falso conde Gano,
Feliz á no vivir tan receloso
De su hermosa Olinda, casta en vano,
Pues ella en lo mejor quedó perdida,
Y el alevoso conde sin la vida.

Que el ofendido padre en la venganza
Del muerto hijo destruyó su estado,
Mató al conde, y á su única esperanza
El bello Florambel, mató al culpado
Guasco, mató diez condes de Maganza,
Mató á Olinda, mató á su padre amado,
Mató á dos hijos de su anciano suegro,
Celin el blanco, y Alisandro el negro.

El uno en hacer mal á los caballos,
Y otro en justar insignemente diestros,
Ricos de fama, y ricos de vasallos,
Pero de hados por igual siniestros,
Pues pudo un muerto jóven degollarlos
Por mas que fuesen en huir maestros,
A quien sucedió Lanio, que llevaba
Tras sí una escuadra rozagante y brava.

Juzgóse encima de un obero armado
Al dorado Orion, cuando espantoso,
De pardas nubes y furor cercado,
Sobre el Carpacio mar hierve espumoso:
De los floridos pueblos rodeado,
En gruesa tropa y escuadron vistoso,
Que en el río Liger con nevadas vueltas
Las aguas hurtan á los montes Celtas.

No llevan estos, ni usan armas nobles
De acicalado acero relucientes,
Ni en carros suben, ni los duros robles
En lanzas enderezan eminentes:
Mas de sus diestras hondas los redobles
Grandes riscos arrojan, y en valientes
Cercos escupen, al voltear parejos,

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

ARGUMENTO. Llegan á descubrirse los campos de Francia y España. Ordena y anima cada capitán el suyo, y al embestirse, Morgante da principio á la famosa batalla. en la cual entre trágicos sucesos se ve una notable variedad de muertes, y entre ellas la de Orlando, y los demás doce Pares de Francia, que todos mueren á manos de Bernardo, y sus españoles.

Si mi carta los cómputos no yerra
Cerca de tierra estoy, tierra he sentido,
Mas tierra es la que veo, tierra, tierra,
Gracias al cielo, gracias, que la traído
Por los peligros que este golfo encierra
Mi frágil leño al puerto conocido,
Donde al cumplir el voto en sus extremos
Al sacro templo cuelgue vela y remos.

A Dios, vanos temores, que ya distes
En cobarde escuadron asalto al alma:
A Dios, Graus, Caribdis, Scilas tristes,
A quien de miedo creí rendir la palma:
Ya al puerto embisto, afuera los que fuistes
A mi viento feliz prolija calma,
Dejadme allá llegar, afuera, afuera,
Que siento el fresco ya de la ribera.

Ya de la fama los clarines siento
Con que le hacen sus devotos fiesta,
Y del altivo templo por el viento
Subir las puntas en dorada cresta:
Ya de sus cisnes al divino acento
La playa rie, y suena la floresta:
Ya mi aliento me da, que al viaje ignoto
De mi barca halle puerto, y cumpla el voto.

Ya entre los cuernos del caliente toro
El rubio dios que tuvo cuna en Delo,
Abriendo al mundo el celestial tesoro
De nueva y tierna luz bordaba el suelo;
Y del carro acerado el rayo de oro
Con que Marte trastorna y mide el cielo
Sobre los campos dió, y creció la saña
Al francés brio, y al furor de España.

El nuevo orgullo del cercano día,
Que habia de ser de tantos el postrero,
Al clarín de oro despertó, que hacia
Pomposa salva al rayo del luero:
Resonó el aire, y el furor que ardia
Las fuerzas refinó al templado acero
De aquellos mundos, que en dudosa suerte
Las estrellas guiaban á la muerte.

Dejan los mudos lechos, y allí entero,
El reposo que en tibia paz dormía,
Y el miserable vulgo, que el entero
Sol no ha de ver del comenzado día,
En tropa acude y ánimo altanero
A la tienda imperial, donde á porfia
Da priesa, y solicita de la vida
El postrer paso, y última partida.

¡Oh soberanas causas! que si el mundo
A vuestro superior gobierno unido
Trastornar os agrada, y con profundo
Saber darlo á mejor discurso asido,
Nuestra ignorancia que es medio segundo
Nos cargais por primero, y convencido
De error culpable nuestro incauto pecho,
Solo lo que ordenais en todo es hecho.

Acaudillando la orgullosa gente,
Que á su cercano fin se precipita,
El falso Galalon á la eminente
Tienda imperial llegó en aplauso y grita,
Donde en falaz discurso, y limpia frente,
Así al César razona, y necesita
A la cercana muerte que ya el hado
De la fortuna á Francia ha señalado.

«¡Oh invencible monarca! á quien del suelo
Lo mejor por cabeza y rey adora,

Muertes al enemigo desde lejos.

Antea, que del Soldan hija se llama,
Y del primer asirio rey descende,
Y por ver solo á Montalvan es fama
Que la suya por todo el orbe estiende,
Guerrera la hizo amor de tierna dama,
Que en la escuela de amor, ¿qué no se aprende?
Y hoy es en la reseña su persona
En beldad Venus, y en furor Belona.

Dos mil de su frison siguen la huella,
Con ricas telas de oro, y con turbantes,
De lo mejor del Cáucaso, donde ella
Cien castillos y mas rige importantes:
Un sol parece entre su escuadra bella,
Y los que van tras ella semejantes
A las ardientes lumbres de alegría,
Que tras su capitán la noche envía.

Mas ya de la imperial bandera el vuelo
Con las águilas negras campeaba,
Como tremolar tiembla del suelo
Cuanto el mar ciñe, y con sus tumbos lava:
Roldan guia este cuartel, Roldan que el cielo
Espada no crió ni alma mas brava,
Dichoso, si entre tanta hazaña fuera
Otra alguna antes desta la postrera.

Seguia por general de Francia el resto
Del campo su estandarte, y á su lado
Reinaldos, Oduardo, el duque Arnesto,
Y Galtier, de Oliveros hijo amado:
A este, con trato no del todo honesto,
Meridiana parió en el celebrado
Cercos de Montalvan, que en cualquier modo
El trato y la ocasion lo pueden todo.

Tuvo Oliveros (si en sus gustos hubo
Lugar para ello, y fue á su amor posible)
En dos el corazón, dos damas tuvo,
Y en dos repartió el alma indivisible:
A Florisena un tiempo la entretuvo,
A Meridiana dió prenda visible
De su amor, en la misma que ahora se arde
En llamas de oro en el vistoso alarde.

Así el campo pasó, y así en serena
Magestad hizo el águila su vuelo,
Unos llenos de gusto, otros de pena,
Unos de orgullo, y otros de recelo:
Cada uno tras su suerte mala, ó buena,
Que es destas varias frutas plaza el suelo,
Y con fortuna próspera, ó escasa,
En las alas del tiempo todo pasa.

ALEGORIA.

En el buen suceso de Gundemaro, y Arlaja, se muestra, que el cielo es tan justo en sus decretos, que pocas veces consiente que el inocente padezca sin culpa, sacándole libre de los riesgos, sin poner él de su parte mas que la limpieza de sus obras. En la muerte del rey Ormindas, y su dama, se dice el castigo que da el cielo al príncipe, que debiendo ser el aparato de la religion, la menosprecia y quebranta. Y en el origen de la ciudad de Granada, que solo la abundancia del oro hace las ciudades ricas y populosas; y que del oro nacen todas las grandezas de la tierra. Y la conversion de los hombres en gusanos de seda, nos dice claro, que el fin universal de los vivientes es convertirse en gusanos, é ir devanando la vida, labrando como el gusano de seda el capullo, que es la sepultura, no para acabarse allí, sino para resucitar con el alma inmortal, como palomita para volar á su esfera, cada uno conforme hubiere vivido. La transformacion de Doralice en fuente, significa, que todo el premio del vicio son lágrimas y arrepentimiento: y el alarde, ya en otra parte queda dicho lo que significa.